

Ética y creatividad, la participación social en los procesos creativos



Álvaro Galmés Cerezo.

Profesor de Deontología y Valores,

Departamento de Tecnología de la Edificación.

Escuela de Arquitectura, Universidad Europea de Madrid.

Resumen

La actual crisis de la creatividad, está originada por múltiples factores. Para proponer posibles soluciones, deberemos recorrer previamente un camino que analice tales circunstancias, que intente esclarecer el porqué de esta situación.

La creación ha estado siempre vinculada al concepto de genio, lo cual ha distanciado al creador de la sociedad en la que trabaja. Por otro lado, la creciente presión del mercado obliga a una popularización de la obra. Restablecer el equilibrio roto mediante

esta polarización no es fácil; sin embargo los principios éticos en el trabajo creativo nos pueden ayudar a resolver estos desequilibrios..

Es necesario un acercamiento de la creatividad a la sociedad en la que se desenvuelve; el creador debe asumir su responsabilidad en el terreno de la cultura, debe de tener en cuenta que sus obras contribuyen a la educación sentimental de la sociedad en que se desarrolla, debe de asumir un papel clave en la evolución cultural.

Por otra parte, para conseguir atraer a la sociedad y que ésta se involucre en la creación, la obra debe quedar abierta, de modo que sea el propio beneficiario el que active sus últimos significados Así, el creador no propondrá un producto cerrado sino que ofrecerá una obra en la que su usuario pueda involucrarse en el proceso de conclusión de la misma.

Abrir la creación a la mirada de "el otro" nos brindará la posibilidad de que esta transite en estrecha colaboración con la sociedad en la que está inmersa, y así buscar conjuntamente soluciones a la crisis actual.

Palabras clave

Creación – Arte – Ética – Sociedad – Responsabilidad – Cultura

Sensibilidad –Colaboración

Abstract

The current crisis of creativity is caused by multiple factors. To propose possible solutions, we previously have to cover a path to explore such circumstances, trying to clarify the reasons for this situation.

The creation has always been linked to the concept of genius, which has distanced the creator itself from the society in which works. On the other hand, the growing pressure of the market involves a popularization of the work. Though restoring the balance broken by this polarization is not easy, the ethical rudiments in creative work can help us in resolving these imbalances...

There is an absolute need to approach creativity to the society in which is developed; the creator must assume his responsibility in the field of culture, should take into account that his works contribute to the sentimental education of the society in which he lives, and must assume a key role in cultural evolution.

On the other hand, to attract the society and involve it in the process of creation, the work must be left open, so that it must be the user who will activate it's last meanings. Thus, the creator will not propose a closed product but provide a work in which the user can participate in the process of it's completion. That this process is left open to the gaze of other people will gives us the possibility of developing a close collaboration with the society in which is immersed, and thus seek jointly solutions to the current crisis.

Key Words

Creation - Art, society – Responsibility – Culture - Sensitivity and collaboration - Ethics

Presentación

La reflexión sobre la crisis que atraviesa actualmente la creatividad, no debe circunscribirse, exclusivamente, al marco de la globalidad; ciertamente la crisis sistémica actual incide de una manera relevante en la crisis de la creatividad, pero no es su única

razón, para entender las características diferenciales de esta y, sobre todo, para apuntar posibles soluciones, analizaremos en profundidad las relaciones que se establecen entre la creación y la sociedad en la que está inmersa.

Evidentemente la crisis económica ha sido un factor de desestabilización de la creatividad, y es cierto que esta crisis está limitando el mercado del arte, las grandes obras arquitectónicas se han extinguido del panorama nacional, en todos los campos de la creatividad se nota esta crisis económica, pero no ha sido ni será un factor determinante de la falta de propuestas creativas innovadoras. Por contra, esta situación se puede tornar en algo positivo si se aprovecha la actual crisis económica como un espacio para la reflexión, en ausencia de una producción apremiante. Como vemos en la actualidad, la demanda creativa se ha reducido drásticamente, es por tanto un buen momento para recuperar los principios de la creación, para reflexionar sobre ellos con tiempo, sin las exigencias de una acción inminente. Pero, también es cierto, que la crisis en la que nos encontramos, va mucho más allá de lo puramente económico, nos encontramos en la creación artística en una crisis de modelo, de las bases sobre las que se asienta y del futuro por el que debe de transitar.

Este texto está enfocado a reflexionar sobre esta situación, a hacer un análisis del problema, a realizar tentativas sobre sus posibles causas, y a proponer espacios de reflexión sobre los que cimentar posibles soluciones; no pretendemos desde aquí encontrarlas, sabemos de la dificultad de esta empresa, pero no por ello renunciamos a reflexionar sobre ellas, a plantear posibles situaciones que faciliten la comprensión de las causas de esta crisis y, por tanto, que acerquen posibles resoluciones.

La desafección social

La creación ha caído en descrédito para la sociedad; los artistas, antes depositarios de una autoridad intelectual amplia, ahora trabajan en la periferia del debate público, sus obras ya no generan discusiones en las que se involucre la sociedad y se ofrecen a un público cada vez más reducido y especializado. El creador ya no puede escuchar lo que la sociedad le disputa, ya no hay un enfrentamiento, ya no hay un cara a cara entre el artista y el público, el creador se aísla para realizar su trabajo, ya que también él ha perdido su capacidad crítica, y como Narciso, cuando lanza una propuesta al mundo, sólo escucha su propia voz, pierde ese elemento necesario de la respuesta social, del efecto que causa su obra en las personas a las que está destinada: la respuesta de los receptores, ya sólo escucha a Eco repitiendo su nombre.

El distanciamiento entre el arte y la sociedad:

La creciente privatización de la sociedad, el continuo repliegue de los ciudadanos a su existencia particular, no ha ayudado a paliar este descrédito, la ausencia de debate público en el arte, en la creación, depende en gran medida, de la capacidad crítica de la sociedad en la que está inmersa, una sociedad que prescinde de lo público como espacio de intervención favorece también el alejamiento de la creación de sus verdaderas necesidades. El elemento en el que se desarrollan las obras es un factor determinante de su calidad. La dependencia entre el creador y el espacio cultural en el que se encuentra es muy profunda, pues de este espacio se alimentan sus obras. Es la sociedad la que debe generar ese caldo de cultivo en el que puedan realizar su actividad, puedan proponer debates, plantear preguntas y ofrecer alternativas.

Una polaridad latente:

Ante esta situación los creadores se debaten en una ambigüedad esquizofrénica: por un lado se produce en un clima aristocrático, el artista en el siglo XXI ya tiene más que asumido la percepción elitista de su profesión, el ideal de «genio» ha penetrado profundamente en su actitud hacia el arte, se considera un ser superior, que no tiene que plegarse a las reglas de la sociedad en la que trabaja; es más, la excentricidad y la trasgresión de esas reglas son, en muchos casos, inherentes a su obra. El autor trabaja en un sistema autónomo, la creación es independiente de la aceptación de los resultados, el artista debe crear sin esperar ningún reconocimiento por ello, pero esta actitud se puede convertir en un obstáculo de la verdadera creatividad porque sin esa aceptación su obra quedará estéril. En esta herencia romántica vinculada al concepto del "arte por el arte" que tan magistralmente desmantela Lévinas "*... la estética académica del arte por el arte. Falsa fórmula, en la medida en que sitúa el arte por encima de la realidad y no le reconoce maestro alguno; inmoral en la medida en que libera al artista de sus deberes de hombre y le asegura una nobleza pretenciosa y fácil.*" (Levinas 2001) se produce una desvinculación entre la creatividad y la moralidad, liberando, como muy bien dice el Levinas, al artista o creador, de sus deberes de hombre. Más adelante volveremos a esta definición levinesiana, por su relevancia en la reivindicación de los deberes del creador.

La visión del artista como «individuo al margen de la sociedad» contrasta poderosamente con las pretensiones del "mercado del arte" de abrir el arte a un público cada vez más amplio, la búsqueda de nuevos públicos, que sean capaces de adquirir sus obras, invertir, patrocinar, esponsorizar las nuevas propuestas, Actualmente el mercado exige al mundo del arte y de la creación recolectar en caladeros no explotados hasta el momento y, por lo tanto, acceder a un público cada vez más amplio y heterogéneo.

Aristocratización y popularización abren una brecha profunda en el campo de la creación, el artista se debate entre estos dos extremos, considera que su tarea debe de responder a sus propios principios, pero, por otro lado, sabe que depende de un mercado cada vez menos especializado, busca su autonomía en el proceso creativo a la vez que intenta que su obra alcance la mayor difusión posible.

La perspectiva cultural del arte:

Para intentar resolver este conflicto vamos a analizar la creación desde una perspectiva cultural. Hay muchos modos de aproximarse al hecho creativo, si lo que buscamos es encontrar las raíces y el modo de superar este distanciamiento entre la creación y la sociedad; sin duda podríamos hacer un análisis historicista, sociológico etc., muchos y buenos textos se han escrito desde estas perspectivas; sin embargo si lo que buscamos es recuperar los espacios de encuentro entre creadores y sociedad para que, conjuntamente, desarrollen sus potencialidades, nos encontramos con que lo que estamos queriendo es sencillamente desarrollar el marco cultural. Así, utilizando la definición de Ericsson (1959): *“la cultura es transmitida de generación en generación a través del tiempo, en donde cada miembro de la especie podría acceder a ella desde una fuente común, sin limitaciones. (...) Esta debe poder ser incrementada y además debe de resultar universalmente compartible por todos aquellos que poseen un lenguaje racional y significativo.”* Y es a partir de esta definición de cultura, desde la que podemos iniciar este análisis, con el objetivo de comprometer conjuntamente la creación y la sociedad. Creemos que si observamos la creación desde su capacidad de transformar el modo de pensar y la sensibilidad de la sociedad en la que está inmersa, analizar el arte y la creación en general, como parte de la cultura, podremos encontrar con mayor facilidad,

esos hilos que entrelacen la producción cultural con las necesidades de la sociedad; porque poniendo de relieve la función didáctica del arte, función didáctica excepcional, comprometeremos tanto a los creadores como a la sociedad en esta labor conjunta de incrementar la cultura.

Una ética de la sensibilidad creativa:

Para analizar esta capacidad de configurar la sensibilidad que tiene el arte y la creatividad en general, nos acercaremos a la estética a través de la ética, intentaremos analizar la actividad creativa desde el punto de vista de su responsabilidad, de cómo actuar, porque desde la responsabilidad que intenta comprender la forma de actuar del ser humano, podemos buscar el lugar que debe ocupar el creador en el mundo; no en vano la palabra ética deriva de «ethos» y significa morada, lugar donde se habita. Este lugar de un habitar estable, podrá ser el pilar sobre el que se asiente una forma de trabajar más comprometida, más social.

Desde esta perspectiva vamos a acercarnos a esa capacidad que tiene el arte de configurar la sensibilidad de sus receptores. Berys Gaut, en su ensayo "La crítica ética del arte" nos descubre ese aspecto diferencial que tiene la creación para desvelarnos nuevos modos de experimentar la realidad y así escribe: *"(el arte) puede llegar a revelar nuevas concepciones del mundo a la luz de cómo experimentamos nuestra situación, puede enseñarnos nuevos ideales así como impartir nuevos conceptos y capacidades discriminatorias"* (Levinson 2010). El desarrollo de este concepto de creatividad, de arte, vinculado a la responsabilidad social, nos permite establecer un compromiso en la propia labor creativa, la obra ya no es sólo el producto del genio individual, también proporciona

enseñanzas sobre "nuevos ideales" a "nuevas concepciones del mundo" y "nuevos conceptos y capacidades discriminatorias".

La creación también nos enseña a sentir, nos enseña nuevas maneras de experimentar el mundo, de hacerlo más comprensible y cercano, por lo tanto el creador también es responsable de las motivaciones de su sociedad, como dice Javier Gomá (2012) en un espléndido artículo: *“si los literatos del pasado son los creadores de los deseos de los hombres del presente, se sigue de ello que los literatos del presente han de asumir la tarea de configurar los deseos de las generaciones venideras.”* El creador asume desde esa perspectiva una importante responsabilidad, en cierto sentido la sociedad deja en sus manos una parte de la educación sentimental de los hombres, el moldeado de sus deseos, la forma en que acepta al otro, etc. Evidentemente esta labor no corresponde en exclusiva a los creadores -desproporcionada responsabilidad para inestables conciencias-, pero sí en gran medida, ya que de ellos depende la exploración de esos modos diferentes y novedosos de concebir el mundo, de experimentarlo. Son parte de los deseos de la sociedad los que viven a cuenta de sus obras, sobre sus espaldas recae así un peso considerable, una honrosa responsabilidad que debe de asumir como núcleo estable de su práctica creativa, como centro gravitatorio de su labor.

Esta enseñanza, la que ofrece la creación, tiene una particularidad que la distancia de cualquier otro procedimiento de aprendizaje -y si es aquí donde la educación sentimental que puede ofrecer la creación, no es fácilmente asumible por otros agentes de la sociedad- y de su capacidad de ofrecer conocimientos de directa asimilación: *“ Gran parte del valor artístico se deriva del desarrollo de un modo afectivo de cognición, derivados de la manera en que las obras nos enseñan, no ofreciéndonos conocimiento meramente intelectual, sino haciéndonoslo interiorizar.”* (Levinson 2010) Esta

particularidad la hace especialmente pertinente por tanto para la enseñanza de principios de difícil articulación lógica: la interiorización de actitudes, de valores, debería de estar presente como uno de los objetivos de la creación artística. Y como esta educación es extensiva a todas las parcelas de la creación, en su búsqueda de la construcción e interpretación de la realidad, la creatividad en general, asume responsabilidades para la sociedad en la que se cultiva, la labor creativa, desarrolla unas obligaciones. La creación se puede asentar, por tanto, sobre una base ética y transitar en una situación de crisis, como en la que nos encontramos, sobre bases permanentes. El profesional desarrollando su creatividad puede encontrar su «ethos», puede encontrarse en «casa».

El creador adquiere una responsabilidad, asume de este modo un papel necesario en la sociedad. Sus productos no son meros objetos de consumo, no son un interés más del mercado, van mucho más allá, tienen una vocación transformadora, cuentan con la posibilidad de contribuir a la cultura. Cuántos objetos en su momento se consideraron meramente utilitarios y, con el tiempo, se han convertido en íconos de la cultura, cuántas obras que han modificado la percepción que tenemos del mundo, han despertado en nosotros nuevos deseos, desde las portadas de las revistas de El Lissitzky hasta los collages de Rauschemberg, desde las canciones de Bob Dylan a "La tierra baldía" de T. S. Elliot, han contribuido a enseñarnos a mirar cómo miramos, a sentir como sentimos, haciendo que nuestros valores se construyeran en ese espacio, en el terreno de la cultura en el que la creación juega un papel predominante.

Una cultura participativa:

Pero la cultura es un producto de la sociedad, la creación se desarrolla en un ámbito complejo, en el que todos los participantes deberían de tener un papel, el compromiso exigible a los creadores, a los artistas, debe de tener una respuesta por parte del resto de la sociedad, esta debe de asumir también su responsabilidad, se debe recuperar el debate público, la crítica, la participación social en la elaboración cultural. Sin embargo, desde aquí no podemos exigirle esto a la sociedad, sin ofrecerles nada a cambio; desde éstas páginas no podemos extender este alegato al conjunto de la sociedad, pero sí podemos dotar de mecanismos a los creadores, para que mediante sus acciones recuperen el interés del público.

Proponemos para ello el abrir la obra a sus destinatarios, que la creación no sea un proceso cerrado y autónomo en el que sólo intervenga el creador, proponemos buscar modos de intervención de los receptores en el propio proceso creativo -el artista debe de considerar a los destinatarios de su obra como un interlocutor válido, que sea capaz de aportar al resultado-. Al entender el arte y la creación como un proceso de modificación de la sensibilidad de las personas, tendremos que encontrar el modo en el que esa sensibilidad participe en el proceso creativo. El individuo se acercara a la obra con todo su bagaje cultural, con sus valores, sus motivaciones, y en ella encontrará claves que le confirmen ese bagaje, pero también encontrará elementos de desencuentro, datos novedosos, etc., que le propongan una revisión de esos aspectos. Para que verdaderamente sea efectiva esa transformación, ésta se debe producir en un contexto

colaborativo, es el espectador, oyente etc., el que debe de intervenir activamente en la reelaboración de la obra, el que debe de poder participar en el sentido último de esta. Por ello la creación no está nunca acabada, sino que es el receptor el que le da el sentido final, el artista debe trabajar desde esa perspectiva, debe tener presente siempre esta finalidad. Aceptar el aspecto integrador de la obra, asumir que el sentido último de esta se escapa de las manos a su creador, nos acerca de otro modo a la responsabilidad ética de la creación, nos pone delante a "el otro" al que le debemos la culminación de nuestro trabajo, y por tanto son "los otros" los que determinarán nuestra labor.

La activación de la obra:

Entender la obra de arte, entender cualquier objeto creativo como un sistema abierto, nos ofrece múltiples posibilidades a la hora de involucrar a los destinatarios de esta en la reactivación de su trascendencia. La revitalización del arte, de la creación, pasa por una tarea conjunta de la sociedad, una minoría nunca puede salir de una crisis como en la que nos encontramos por sí sola, la crisis de la creatividad debe ser abordada, por tanto, desde escenarios más basilares. Los creadores no pueden ofrecer unos cimientos lo suficientemente firmes, por sí solos, como para salir de este periodo crítico, pero por el contrario sí es labor de los autores, de los artistas, involucrar al resto de la sociedad en la resolución de la situación actual, el creador tiene la posibilidad de atraer a los receptores de su obra al proceso creativo, de acercar a su público potencial a la elaboración de la obra, y así hacerlo partícipe del resultado final, hacerlo también responsable de la cultura que se genera mediante esa intermediación.

Para profundizar en este contexto de participación, Olafur Eliasson nos ilustra sobre como entiende su propio trabajo, que desarrolla bajo estos presupuestos "*De este modo,*

las obras de arte son sistemas experimentales y las experiencias de éstas no se basan en una esencia que se encuentra en las obras en sí, sino en una opción activada por los usuarios." (Eliasson 2007). Al analizar la obra de arte desde la experiencia que ésta genera, pone en un primer plano a "el otro" a la hora de definirla, en un primer término la esencia de la obra depende de la experiencia que los usuarios tengan de ella -cabe resaltar el concepto de usuario al que hace referencia Eliasson como receptor de su obra, implícitamente nos está describiendo ya a un sujeto activo, participante en el resultado – pero, además, esa experiencia no depende de las expectativas que haya puesto el artista, no son las ideas previas del autor las que tiene que capturar el usuario, son las propias expectativas de este las que dan sentido a la obra. El receptor, el usuario "activa" la obra, aquí se encuentra una interesante posibilidad de comprometer al receptor en el proceso creativo y por extensión de involucrar a la sociedad en la creatividad.

La creación se condiciona, pues, a ofrecer opciones que serán activadas por los usuarios, la responsabilidad del creador se extiende, por lo tanto, a la exigencia de saber cómo estos usuarios activan las obras, el creador se ve obligado a estudiar el efecto de su producto, a continuar la trayectoria de este, a realizar un seguimiento de la obra una vez que está ha dejado de depender de sus decisiones. Un área de conocimiento diferente se impone a la creación, y es la de continuar observando la trayectoria de la obra -siguiendo la terminología de Eliasson- una vez que los usuarios la han activado. Al contemplar la obra como un sistema abierto, el creador se compromete en su evolución, de ahí la importancia de considerar a esta como un sistema dinámico:

"Dado que en general los objetos no son estáticos, tampoco lo son las obras de arte. Éstas existen en múltiples relaciones inestables que dependen tanto

del contexto donde se encuentran como de la variedad de respuestas por parte de los visitantes, o usuarios," (Eliasson 2007)

Por un lado, el artista elabora la obra de arte como un programa que ha de ser activado por los usuarios y, por otro, acepta la inestabilidad de sus resultados y la dependencia de estos, del contexto y, sobre todo, de las respuestas por parte de los usuarios. Tanto esta actitud creativa como la aceptación de la respuesta, implican una postura eminentemente ética, el artista acepta estar sujeto a las decisiones de los otros, él ya no tiene la última palabra sobre el resultado de su trabajo, éste está en manos de los usuarios y, en último término, de la sociedad en la que se desarrolla y, por consiguiente, a la que se le ofrece la obra.

La creación puede vascular entonces desde una perspectiva elitista y autónoma hacia un punto de vista de colaboración y dependencia con el resto de la sociedad, su producto será, el resultado de relaciones inestables heterogéneas que establece la sociedad, como afirmaba Eliasson, y no de la capacidad personal del genio creativo. Cuando el creador asume que no tiene la última palabra, adopta una actitud más humilde hacia su obra, asumir esta postura supone renunciar a parte de su autonomía, en beneficio de una pertenencia efectiva a la comunidad y, por tanto, trabajar en el campo creativo desde la responsabilidad como miembro de esta sociedad, como sujeto ético.

Conclusión:

Hemos pretendido en este artículo ofrecer una respuesta a la crisis de la creatividad a través de la responsabilidad. Como decía Levinas, el artista, y por extensión cualquier persona vinculada a la creación, no puede liberarse de su condición de hombre para asegurarse una pretenciosa nobleza, este debe de asumir su papel en la sociedad

para poder contribuir a la construcción de la cultura. Si la creación asume su responsabilidad para con la sociedad y logra hacerla partícipe de esta, conseguirá devolverle el lugar dentro de la escena pública que ha perdido, conseguirá generar nuevos debates en los que se comprometan diferentes estamentos sociales, despertará el interés en sus procesos y en sus resultados, fomentará nuevas preguntas, nuevas respuestas y, en última instancia, conseguirá que la creatividad vuelva a jugar un papel determinante en el desarrollo de la sociedad en la que se genera.

Ludwig Wittgenstein decía que la ética y la estética son una misma cosa, desde aquí no somos tan rotundos en nuestra afirmación, pero sí estamos convencidos que la estética tiene que dejarse guiar por la ética que también tiene que acompañar al arte y a la creatividad, para que, de esta manera, pueda salir de la crisis y recuperar su puesto dentro de una cultura más participativa.

Bibliografía:

ELIASSON Olafur (2007) Los modelos son reales. Editorial Gustavo Gili S. L. Mínima. Barcelona

ERIKSON Eric H. (1959) Infancia y Sociedad. Editorial Piados. Buenos Aires.

GARDNER Howard (1995) Mentes creativas, una anatomía de la creatividad. Ediciones Piados Iberica S. A. Barcelona.

GOMA LANZÓN Javier (2007) Aquiles en el gineceo o aprender a ser mortal. Editorial Pre-textos. Valencia

GOMA LANZÓN Javier (2012) Todo a mil, 33 microensayos de filosofía mundana. Galaxia Gutenberg. Madrid

HABERMAS Jürgen (1983) Conciencia moral y acción comunicativa. Editorial Trotta S. A. Madrid.

KIERKEGAARD Soren (2007) Estética y ética en la formación de la personalidad Ediciones Espuela de Plata. Sevilla.

LEACH Edmun (1993) Cultura y comunicación, La lógica de la conexión de los símbolos. Siglo veintiuno editores de España S. A. Madrid.

LÉVINAS Emmanuel (1991) Ética e infinito. La balsa de la medusa. Visor distribuciones S.A. Madrid

LÉVINAS Emmanuel (2001) La realidad y su sombra, Libertad y mandato, Trascendencia y altura. Editorial Trotta S. A. Madrid

LEVINSON Jerrold (editor) (2010) Ética y estética, Ensayos en la intersección. La balsa de la medusa, Machado grupo de distribución. Madrid.